

## PRÓLOGO

Un día le preguntaron a cierto escultor cómo hacía sus estatuas. El artista se limitó a responder sencillamente: quito aquellos trozos de piedra que no se parecen al modelo. Y bien, este libro quiere comenzar igualmente afirmando lo que no es ni pretende ser: un tratado de lingüística. Los especialistas en la materia, y con mucha razón, hallarán sus numerosos defectos. No he pretendido ser exhaustivo ni tampoco emplear una terminología rigurosa. Pongamos que aquí se habla sencillamente del lenguaje. Los “filólogos”, esto es, “los amantes de la palabra”, no podemos limitarnos a diseccionar los textos. Quienes aman, transmiten el amor. Una mujer embarazada expande su vientre como si quisiera hacer partícipe a todo el mundo de su estado de buena esperanza. Una cosa resulta tan sorprendente como dolorosa: si todos los días utilizamos para comunicarnos esa maravillosa herramienta que nos hace distintos de los brutos ¿por qué no nos detenemos tan sólo unos instantes para admirar sus maravillas, los variados matices que conforman las ideas, los recovecos donde se oculta latente el pensamiento? Ésta es la intención, humilde pero al mismo tiempo ambiciosa, que motiva este libro. No he buscado en estas páginas tanto divulgar azucarados unos conocimientos sino más bien el deseo ferviente de hacer “entrar el apetito”. Si ello se ha conseguido, juzgue por sí mismo el lector.

P.- ¿Tienes mañana examen de lengua?

Z.- Pues claro

P.- No pareces muy contenta.

Z.- ¿Debería estarlo? La asignatura de lengua es muy aburrida. Que si el núcleo verbal, que si los pretéritos pluscuamperfectos, que si las preposiciones, etc.

P.- El estudio de la lengua es únicamente aburrido si queremos hacerlo aburrido. Tenemos que estudiar el lenguaje con un espíritu jovial, curioso, deportivo. O dicho de otra manera: desmontar el juguete para volverlo a armar.

Z.- ¿Y cómo se hace eso?

P.- De momento nos basta con hacer el intento. Ahora, pasen y vean.

Z.- ¿Cuál es la primera lección de lengua?

P.- Podemos expresarla con la siguiente frase: “En el principio fue... el silencio”. Durante toda su vida el hombre pasa más tiempo callado que hablando. Un proverbio africano afirma que los dioses nos han dado dos oídos pero solamente una boca. Escuchemos: el viento “ulula”, el león “ruge”, los “truenos” de la tormenta aterrorizan al rebaño. Ahora bien, en cierto momento los hombres descubren que no solamente escuchan sino que también son capaces de emitir sonidos. Como se domestican algunos animales, también se puede amaestrar voces para obligarlas a decir alguna cosa.

Z.- ¿Y cuándo se produce esto?

P.- Como es *lógico*, no existe el *logos* en la prehistoria. Un australopiteco no razona diciendo “pienso, luego existo”. Hemos dicho antes que el estado “normal” de los hombres es permanecer en silencio. Entonces las cuerdas vocales están abiertas y el aire que sale de los pulmones no las hace vibrar. Pero si los músculos tensan estas cuerdas vocálicas se produce la emisión de la voz del mismo modo que vibran las cuerdas de una guitarra. ¿Y qué hace tensar las cuerdas? Podríamos pensar en la expresión de emociones tales como el pavor, la alegría, el dolor, la llamada de atención, etc. Estos sonidos se hallan, por decirlo de algún modo, en “estado bruto”.

Z.- ¿Qué quieres decir con esto?

P.- Pues que son independientes de la voluntad humana. Si decimos ¡ay! cuando se cae una piedra grande en el pie no hacemos sino obedecer a una reacción fisiológica. Estamos ante “interjecciones”.

Z.- ¿Y cuáles serían las primeras voces “elaboradas”?

P.- Un hombre primitivo puede “gruñir” o “rugir” como si fuese un león, hacer “grrr.”. La palabra “ruido” deriva precisamente de “rugido”. Aquí tenemos ya un caso de imitación de un sonido de la naturaleza. No interviene el “cuerpo” exclusivamente sino la mente de un hombre donde se atisba ya una chispa de inteligencia.

Z.- Mi maestra llama a estas voces “onomatopeyas”.

P.- Así es. Hemos visto sonidos que son meras reacciones fisiológicas ante un estímulo y otros que son imitaciones de sonidos – y esto es importante - en ausencia de éstos. Todas ellas son voces de la naturaleza, en cierto modo, “pre-lingüísticas”. El lenguaje, como herramienta consciente de

comunicación, nacerá del núcleo duro formado por las que hemos llamado “onomatopeyas”.

Z.- Por hoy basta.

### 3

P.- Decíamos ayer...

Bueno, vamos a dejarnos de anécdotas literarias - ¡pobre Fray Luis! - que no hacen al caso. En la lección anterior hemos afirmado que sobre la roca dura de las onomatopeyas imitativas se asientan las primeras palabras. Estas voces forman el vocabulario básico que permite expresar un pensamiento rudimentario. Claro está que nos hallamos aún en la fase inicial del desarrollo del lenguaje. Más tarde los hombres primitivos, y sobre todo los menos primitivos, inventan procedimientos más sofisticados: composición, analogía, préstamos, etc. (a veces, ya en nuestros días, surgen palabras nuevas tan curiosas como «cursi», que es el apellido de una familia gaditana que debía ser bastante *idem*).

Z.- Yo creía que el significado de las palabras de una lengua era algo meramente convencional.

P.- Eso es verdadero y falso al mismo tiempo. Nunca ha existido un «contrato social» (¿te suena Rousseau?) ni tampoco un «pacto lingüístico». No podemos pensar que los miembros de una tribu se reúnen alrededor de una hoguera y deciden por mayoría absoluta que el «fuego» será llamado desde entonces en adelante «fuego». Sin embargo, las palabras son convencionales en la medida en que, una vez ya creadas por individuos influyentes, son aceptadas luego por toda la comunidad. Yo no

puedo llamar al fuego como yo quiera porque eso sería saltarme las normas convencionales.

Z.- ¿Puedes decirme cómo debían ser las primeras palabras del lenguaje?

P.- En algunos casos el origen onomatopéyico es demasiado evidente: la gallina «cacarea», el lobo «aúlla», la campana «tintinea». Ahora bien, no todas las lenguas reproducen lo mismo: en alemán el ladrido es «bau» en lugar de «guau» y el gallo francés dirá «cocorico» en lugar de «kikiriqui». El sonido es el mismo, pero cambia nuestra percepción.

Z.- Supongo que todas las voces de origen onomatopéyico no serán tan fáciles como las anteriores.

P.- Claro que no. Un poco más disfrazado es el verbo «aupar» (aúpa) salido de la expresión de hacer fuerza para levantar algo (pensemos en el inglés “up” y el alemán “auf”, cuyos sentidos son arriba o encima).

Z.- Pues este ejemplo no era tan complicado. Todavía se ve la *huella* que deja el *hollín*.

P.- Veo que se te está despertando el olfato lingüístico. Vamos a fijarnos ahora en un caso importante. El tiznado del hollín será revelador de esa radiografía del lenguaje oral que es la escritura. En latín «crepitu» tiene el sentido de «ruido» (“pedo” como vulgar metáfora) y en español «crepitar» es el chasquido que hacen las ramitas secas en una fogata. Se trata de una voz onomatopéyica cuya raíz es «crep-crep» (como el cri-cri del “grillo” o el “croar” de las ranas). Cuando dichas ramas están carbonizadas sirven como lápices para pintarrajear las paredes de una «cripta». Pues bien, sabiendo que la vocal postónica de «crepitu» desaparece en el latín vulgar ¿qué consecuencias deduces, “aprendiza” (sic) de filóloga?

Z.- Me parece que de «crepitar» deriva «s-cript-ura» y «cripta». Los signos de la «scriptura» son «crípticos».

P.- Tienes razón... a medias. Las «criptas» (como las “cruptas” o grutas) son lugares oscuros donde se trazan signos extraños que solamente entienden los iniciados, aquellos escribas que comprenden la escritura, la criptografía. Pero también tenemos la raíz “graf-” en “grafía” o “grafito”, voces que se relacionan con “grabar”. Y el “grifo” es un animal mitológico que araña con sus garras. La raíz germánica “graf-graf” (piensa en el ruido de “grapar”) es la onomatopeya del rasguño. Probablemente las raíces “crip-” y “graf” tengan alguna relación (ambas inician con una consonante velar ya sea sorda o sonora). Sin embargo, debemos tener en cuenta que los hombres tiznan de carboncillo las paredes antes de usar cincel y martillo. Los salvajes usan tatuajes, pero antes comienzan pintándose la piel.

Z.- Mucho has hablado.

P.- Valga por esta vez. El humanista valenciano Luis Vives llamará a las letras «hormigas negras». Bien, ya es tiempo de volver al hormiguero. Mañana, más.

#### 4

P:- ¿Dónde nos habíamos quedado?

Z.- Hemos visto que de las ramas carbonizadas cuando «crepitan» se forman las palabras «cripta», «críptico» y, en latín, «scriptura».

P.- Pues vamos a seguir manteniendo viva la llama del fuego. Haz una pequeña prueba: intenta pronunciar f teniendo abierta la boca. Debe sonar algo así como «ffffff...», parecido al silbido de un balón cuando pierde aire y se desinfla.

Z.- No puedo, es imposible hacer la f con la boca abierta.

P.- Eso se debe a que es un fonema labiodental. Esto quiere decir en este caso que el labio inferior roza con la cara interna de los dientes superiores dejando una estrechez por la que atraviesa el aire de un modo continuo. Esta clase de fonemas donde no se interrumpe la salida del aire se llaman fricativos.

Z.- ¿Y....?

P.- Ahora imagina la vela encendida de una tarta de cumpleaños. Si soplas levemente la llama se aviva; si soplas con fuerza, se apaga. Y te pregunto: ¿podrías soplar o silbar diciendo «te-te-te», «da-da-da» o «li-li-li»?

Z.- No, claro que no.

P.- Y entre fa, fe, de un lado y fo, fu de otro ¿cuáles son los sonidos más efectivos para soplar?

Z.- Me parece que fo, fu, pero no sé bien la razón.

P.- Ya hemos advertido que la f suena como un balón pinchado. Sin embargo, cuando pronunciamos fa, fe el aire sale con mayor holgura debido al carácter abierto de estas vocales. Aquí es donde entran en juego las vocales o, u. Estas son vocales posteriores, lo que quiere decir que se pronuncian levantando la parte trasera de la lengua y reduciendo el espacio de salida. Pero además - y esto es esencial - las vocales o, u, se pronuncian adelantando los labios. Se parece a un «beso de piquito». Este abocinamiento de o, u, produce como un tubo de soplete que

concentra el aire de los pulmones en un «foco»; en suma, avivando el «focus» (fuego). Pensemos en el verbo «in-sufl-ar».

Z.- La cosa es clara: soplar o silbar no se hacen diciendo «ta-ta-ta» o «le-le-le» sino «fooo-fooo» o «fuuuu».

P.- De esa raíz «fw» de «focus» se forman palabras como «fugitivo» y «hogar». Veamos: ¿qué es un «fugitivo»? Quien «huye» (fugit), aquel que se da a la «fuga». Y los cazadores prenden «fuego» a las madrigueras para que las alimañas salgan de su «re-fugio».

Z.- ¿Y hogar?

P.- Lo primero que conviene saber es que la f inicial del latín desaparece por influjo del vasco que no la tiene (no vamos a tratar aquí de la noción de sustrato). La letra h en lugar de f queda como la cicatriz de su aspiración previa a enmudecer. El «hogar» romano es el fuego doméstico en torno del cual se reúne la familia para ofrecer culto a los dioses lares o penates. La palabra «hogar» conserva aún cierta calidez que no poseen las voces «casa» o «piso».

Z.- ¿Crees de verdad que la palabra “fuego” derive de una raíz onomatopéyica “\*fw”?

P.- Piensa en el chino “huo”, fuego. Esta lengua no pertenece a la familia indoeuropea. Sin embargo, también acude a un diptongo formado por dos vocales posteriores, siendo la primera u la más cerrada.

Z.- ¿Hay un influjo?

P.- Por supuesto que no, la semejanza es la misma que une las pirámides egipcias y las aztecas. Los hombres, teniendo la



misma naturaleza, llegan muchas veces a obtener los mismos resultados por distintos caminos. Y, claro está, otras no... Sería mucho más difícil de explicar un parecido absoluto entre todas las lenguas que su diversidad.

Z.- Me parece que ha llegado ya la hora de terminar la lección.

P.- Pues entonces hasta mañana.

## 5

P.- Creo que ha quedado sobradamente claro que palabras de un origen onomatopéyico pueden, con el rodar del tiempo, enmascararse hasta el punto de hacerse irreconocible su procedencia. Pasa algo similar a la navegación en el ciberespacio. Podemos ir desde Málaga hasta Nueva York pasando por Singapur. Las rutas intermedias quedan borradas. La red se enreda hasta formar una maraña inextricable. Por supuesto, los escasos sonidos naturales que se hallan en la base lejana de una lengua sirven para usar y tirar. Dan el primer empujón. Y no olvidemos que también entran en juego no sólo los sonidos sino las imágenes, las semejanzas, la analogía, las ideas asociadas que alejan a las palabras de sus principios, etc.

Z.- ¿Puedes señalar, para terminar ya esta cuestión, otra palabra que sea semejante a los ejemplos anteriores?

P.- Bien, ¿hay algo en la palabra «cuchara» que nos recuerde una onomatopeya? Este vocablo viene del latín «cochlea» cuyo sentido es «concha de molusco» (pensemos en «clotxina»). Pues bien, el sonido /cok-klea/ (como la clá teatral, o el baile de claqué) evoca las «cás-ca-ras» rotas o cascadas de las conchas

marinas. Pero aquí hay una observación sobre "cuchara» que no es lingüística sino gastronómica. ¿La adivinas?

Z.- ¡La sopa es un plato de marineros!

P.- Antes te había dicho que las voces onomatopéyicas, más o menos disfrazadas, corresponden a una fase inicial del lenguaje. Una lengua más desarrollada tiene más recursos (pensemos que las lenguas más antiguas conocidas, a través siempre de la escritura, se hallan a milenios de distancia de las primeras tentativas verbales). Hoy está de moda enviar «guasaps», en inglés «whatsapp». El latín creó junto a «nunc» (ahora) el adverbio «nunquam». La similar forma latina de «ahora» y «nunca», lejos de confundir», favorece que los antónimos se refuercen mutuamente en la memoria. A veces un toque de humor está presente en los neologismos como llamar «emilios» a los «e-mail». Por cierto, «mail» viene de la malla o saca donde se transporta el correo normal.

Z.- Cada día aparecen creaciones nuevas, objetos que no existían y demandan recibir un nombre propio ¿Puede crecer indefinidamente el diccionario?

P.- Una lengua no podría resistir un aluvión de neologismos sin que muchas otras voces se «jubilaran», pasarán a ser arcaísmos metidos en el baúl de los recuerdos y a la espera de ser desempolvados por algún escritor. Quienes usan actualmente un aparato MP3 ¿saben qué era una radio a galena? Por otro lado, el lenguaje puede formar palabras nuevas con elementos ya existentes. Tal es el caso de «correvedile», «sabelotodo» o, en voz de origen catalán, capicúa, cabeza (cap) y cola (cúa). En cualquier caso, no todas las palabras anticuadas quedan enterradas en las necrópolis de los diccionarios. Muchas palabras forman parte de un vocabulario «pasivo», las entendemos pero no están «activas». Decimos «perro» pero conocemos la voz «can».

Z.- Y a más palabras, más ideas.

P.- Como ya dijimos, el repertorio del vocabulario de un hombre primitivo es escaso y ésta es la razón de la pobreza de su mente. La relación entre lenguaje y pensamiento podemos ilustrarla con un ejemplo: un globo que se hincha. Cuanto más aire entra mayor es su volumen. Sin embargo, por más que crezca, no puede rebasar las paredes del globo. El límite del lenguaje marca el límite de las posibilidades del pensamiento. Por supuesto, debajo de la lengua hay un mundo de sentimientos en pugna para verbalizarse aunque sea con metáforas. Los místicos viven una realidad que no pueden comunicar.

Z.- Pero aquí tengo una duda: las diferentes familias lingüísticas tienen estructuras gramaticales diversas y palabras cuya traducción es inexacta porque es aproximada o imposible. Pues bien, aunque vivamos en el mismo mundo material, ¿vivimos todos en el mismo mundo mental? Si hay varias lenguas ¿no habrá otras tantas formas de pensar? Un francés y un italiano comparten una lengua de origen que configura sus ideas, pero ¿un chino con un africano y un amerindio con un polinesio?

P.- Tu duda es razonable. Los filósofos románticos defendían esa teoría. Cada lengua puede expresar solamente unas cosas y no otras. Cada pueblo tiene, por tanto, una cosmovisión propia, una visión del mundo peculiar. Nuestras ideas están así moldeadas por nuestro lenguaje. Un ejemplo puede aclarar la cuestión. Vamos a suponer varias personas que contemplan una rueda: uno, que la ve de frente, dirá que es un círculo; otros que ven la rueda desde distintas perspectivas verán elipses más o menos abiertas.

Z.- Pero la razón la tiene claramente quien la ve de frente como un círculo.

P.- Eso pensaban los racionalistas ilustrados del siglo anterior a la reacción romántica. La razón es una y siempre la misma para todos. Por debajo de las distintas lenguas existiría una gramática general basada en unos principios universales.

Z.- ¿Y tú qué crees?

P.- Bien, una cosa es clara: pensar, pensar, no lo sé; pero «poetizar» sí que es diverso en cada lengua. En español «muerte» rima con «suerte» (¡vaya suerte!) y también con «fuerte», pero no es así en alemán; muy pocas son las rimas que se pueden mantener al trasvasar una poesía de un idioma a otro incluso en lenguas próximas. Ni siquiera el verso libre se libra al no poder mantener el ritmo interno, las aliteraciones, etc.

Z.- Y los sonidos fricativos de los que hablábamos antes ¿tienen algún papel en la poesía?

P.- Los sonidos son capaces de evocar acciones o bien los estados de ánimo. El cine emplea ciertas melodías para el terror o suspense y también hay música relajante o indicada para las comedias. En la poesía se aprovechan asimismo estos recursos. Veamos estos versos de Garcilaso:

En el silencio sólo se escuchaba  
un susurro de abejas que sonaba.

La abundancia de la “s”, un fonema sibilante, fricativo, nos trae a nuestra memoria el mismo zumbido de las abejas. La “s” nos

aparece también en palabras como «sisear» o el «chiss» con el que se pide guardar silencio.

Z.- Me habías dicho que los sonidos fricativos, como la “f”, eran aquellos en los que el aire de los pulmones atraviesa un espacio reducido saliendo por la boca sin ninguna interrupción. Pues bien, como es lógico deben existir otros sonidos contrarios donde sí hay un corte, un cierre del paso.

P.- Has sacado la conclusión lógica. Existen sonidos «oclusivos» en los que el aire encuentra un tapón, un cierre, y luego éste se abre de golpe con una explosión igual que el corcho de una botella de champán. Pensemos en «ma-ma», «ta-ta» o «pa-pa”. Aquí no son los mayores quienes enseñan la lengua sino que son los niños, al charruquear haciendo inconscientemente pruebas fortuitas con los órganos fonéticos, los que hacen adoptar esas voces infantiles. ¡Qué felices son los papás al oírse llamar por lo que no es sino un ejercicio vocálico! El poeta Góngora reúne en dos versos seguidos la fricación y la oclusión de manera que su contraste es notable:

Rompe Tritón su caracol torcido  
sordo huye a vela el bajel al viento

El primer verso, plagado de oclusivas (tienes elementos suficientes para encontrarlas) nos da la idea de romper la concha de un modo sonoro llevado por la cólera. El verso segundo, lleno de fricativas (te hago la misma observación anterior y que se aprecia al declamar) sugiere el deslizamiento del barco sobre la superficie del mar.

Z.- Vamos, que el verso primero requiere una vozarrona masculina y el segundo verso una voz dulce, meliflua, casi femenina.

P.- Lo que has dicho es importante. Los hombres y las mujeres no tenemos una misma voz. Nosotros hablamos con una voz grave mientras que vosotras tenéis la voz aguda. ¿Y por qué es así?

Z.-Espero que me lo digas.

P.-Piensa en un guitarrista cuando toca. Los dedos, posados sobre las cuerdas, hacen que éstas tengan distinta longitud y suenan de un modo diferente. Pues bien, los hombres y las mujeres tenemos las cuerdas vocales de distinto tamaño. De ahí viene la razón de que no hablemos igual. Sin embargo, se trata de un hecho físico, no lingüístico, pues hablamos la misma lengua. Pero acabemos aquí.

## 6

P.- Vamos a iniciar ahora esta lección con un experimento de lingüística «psicológica». Te presento dos figuras:

Figura 1

>>>>///<<<<<<<<

Figura 2

000o000

Una de las figuras debe llamarse «tiquismiquis» y la otra «mambompa». ¿Qué nombre le darías a cada una? La mayoría de las personas coinciden en llamar «tiquismiquis» a la primera figura y «mambompa» a la segunda.

Z.- ¿Y por qué esto es así?

P.- La palabra «acústica» viene de «acus» que quiere decir «agudo» (como la punta de la «aguja»). Los sonidos «agudos» son chillones, punzantes; los sonidos «graves» son campanudos como el eco de una bóveda. La imagen gráfica de la i es picuda mientras que la o es redondeada (haz la prueba de pronunciarla). De ahí viene que la abundancia de i nos decante hacia «tiquismiquis» y la abundancia de la o nos inclina a «mambompa». Pero de esto que hemos dicho hay una consecuencia más importante para el lenguaje.

Z.- ¿Y cuál es?

P.- Cuando aprendemos a hablar, y reforzado aún más por la escuela, sabemos que los diminutivos terminan en «ín», «ito» o «ico» y los aumentativos en «ón», «ote», «azo». El acento tónico recae en un caso en la «i» y en el otro en «o» y «a». Veamos cómo suenan «manotas», «manazas» y «manitas». La vocal «o», y también la «a», pueden agrandarse, abrirse más diciendo «grandullóon», «golpaaazo», mientras que la «i» de «chiquitín» (tres íes) debe hacerse si cabe más pequeña. La fonética condiciona la forma de los aumentativos y de los diminutivos. No es un azar. No es un hecho que debamos aprender de memoria. En la medida de lo posible debemos reflexionar sobre la «sabiduría» interna del lenguaje.

Z.- Pues siguiendo tu consejo me gustaría hacer una observación. Me has dicho que en los sonidos fricativos el aire sale sin interrupción. Ahora bien, no es posible mantener esto mucho tiempo porque necesitamos llenar los pulmones. Y en los sonidos oclusivos con mayor razón porque el aire se interrumpe. Esto quiere decir que nuestra habla es discontinua.

P.- Has llegado a la noción de sílaba, que en griego significa «abrazar, juntar». Podemos decir en una única emisión de voz palabras como «sal», «pan», «mar». Sin embargo, no podemos decir de un golpe «esta mañana me he levantado a las ocho». No podemos, aunque queramos, porque el lenguaje está articulado. Este primer análisis del lenguaje ha sido esencial para crear la escritura basada en un alfabeto fonético.

Z.- ¿Y cómo se alcanza ese descubrimiento?

P.- En una pintura rupestre de hace unos miles de años aparece un cazador africano *lanzando* una lanza sobre un emú. Pero lo más importante es que de la boca del hombre sale una voz representada con rayitas discontinuas. El habla se corta, se trocea. Silabear es un acto tan inserto en la naturaleza del lenguaje que cualquier analfabeto, con poco esfuerzo, puede hacerlo sin equivocarse. Además los fallos de memoria nos revelan las sílabas finales: ¿concupis... que? Una anécdota: una prima tuya decía a cada rato «estúpido». Como yo le afeaba este hecho, una vez que iba a decir la grosería me miró dando un volantazo: «Fulano es estu...pendo». Y no olvidemos tampoco la existencia de los tartamudos.

Z.- Las sílabas son entonces las piezas del mecano con el que armamos las oraciones.

P.- Cierto. Existen algunos casos de “afasia” en los que el paciente puede reconocer cuántas sílabas tiene una palabra. Las consonantes «consueñan», sueñan solamente «con» las vocales que las acompañan. Podríamos decir que las consonantes son como espectros o fantasmas que reciben el «alma» de la vocal. No existe verdaderamente una p, una t o una b, únicamente el esbozo que debe concretarse después de la vocal.



Z.- Se me ocurre una cosa y es que el vocabulario puede aumentar indefinidamente, pero el silabario es una cantidad cerrada.

P.- Eso es. Podemos crear una palabra nueva como «conchilar». Sin embargo, esto únicamente es posible partiendo de sílabas existentes: con de conde, chi de chino, lar de largo. Es posible cortar y pegar, combinar las sílabas para inventar nuevos nombres.

Z.- ¿Y cómo se establece ese silabario de una lengua?

P.- Sencillo. Mediante oposiciones y alternancias de los elementos. Si tenemos las voces «pa-la» y «pa-ja» el oído descubre como idéntica la sílaba inicial «pa». Y aún es más interesante la coincidencia en el final, sobre todo cuando se da una rima consonante. Por ejemplo, «baña», «calaña». ¿Tienen acaso las rimas finales de los versos una función estética? Seguramente. Pero más importante es que cumplen el papel de servir como auxilio a la memoria para recordar el poema. Podemos suponer como hipótesis que la poesía aparece como cantos religiosos, fórmulas rituales llenas de repeticiones. ¿Y cómo podría olvidar el chamán un texto sagrado? La memoria es aquí esencial. En estas circunstancias el análisis lingüístico se fortalece.

Z.- Del descubrimiento de las sílabas al hallazgo de los fonemas...

P.- Este paso es el más importante. De hecho las primeras escrituras eran silábicas. Si en una rima tenemos «sala"/"bala» el oído percibe un elemento distinto. Y al decir «palo» y «pila» se percibe por el contrario un sonido común. Mediante oposiciones se pueden establecer los fonemas. Este descubrimiento, tan sencillo para nosotros porque lo hemos recibido, no es fácil pues como dijimos el fonema no tiene una existencia «real», es sólo

una abstracción (técnicamente se define como el conjunto de los rasgos distintivos que se dan conjuntamente: bilabial, sordo, denso etc.)

Z.- Entonces unos fonemas se diferencian de otros porque no coinciden en todos sus rasgos distintivos y, por ello, se oponen mutuamente formando un sistema, una estructura fonológica.

P.- Veo que te has informado algo. La p es en todo igual a la b salvo que la primera es sorda y la segunda es sonora, esto es, vibran las cuerdas vocales. De este modo se distingue la pareja p/b. En el deporte suelen hacerse estadísticas: tantos minutos de retención de la pelota, tantos pases, tantos tiros, etc. Se trata de una forma de medir la eficacia de cada elemento y del conjunto del equipo (sistema). Y en el lenguaje pasa lo mismo. Pero esto vamos a dejarlo para la próxima lección.

## 7

P.- Si desaparece la oposición p/b se produciría serias perturbaciones en la lengua. No habría diferencia entre «pata» y «bata», «pan» y «van», «lapa» y «lava», «pela» y «vela», etc. Estas oposiciones que permiten distinguir bastantes palabras son de «alto rendimiento funcional». Otras son de bajo rendimiento como la distinción «ll/y/». Esta oposición desaparece, se «neutraliza». No advertimos que «Mallorca» es la isla «mayor», como Menorca es la isla menor. Y lo mismo pasa, para mi bien, con las pocas veces que se oponen “z” y “f”, como *café* y *cacé*. Te he dicho para mi bien porque ese escaso rendimiento hace que sea menos visible mi pronunciación incorrecta. Lástima que yo sea de “Faragofa” y tú te llames Zoe.

Z.- ¿Y no se puede hablar del rendimiento de los fonemas?

P.- Claro que sí. En cada lengua los fonemas tienen un porcentaje más o menos aproximado de aparición contados en un texto suficientemente largo. Evidentemente la ñ no se encuentra el mismo número de veces que la t.

Z.- ¿Y tiene alguna aplicación?

P.- El escritor Edgar Allan Poe usa en su cuento «El escarabajo de oro» este recurso fonológico para descifrar un mensaje en clave. Conociendo las frecuencias podemos dar valores a los sonidos encriptados. Además de la criptografía, mediante métodos estadísticos, se puede postular la autoría de obras anónimas estudiando la preferencia por determinado vocabulario o, por el contrario, la escasez de ciertos elementos. Y lo propio se podría decir acerca del parentesco entre lenguas.

Z.- Me gustaría saber alguna otra consecuencia de la frecuencia de los fonemas en un texto. Ya sé que algunos fonemas son imposibles de ir juntos y que esto favorece revelar un mensaje secreto.

P.- Bueno, yo quisiera más señalar cómo el estudio de las sílabas puede desenmascarar algunas necias engañosas parapsicológicas como el juego de la «güija».

Z.- ¿Vas a hacer de «cazador de fantasmas»?

P.- Algo así. Piensa en un vaso vuelto boca abajo, varios jugadores y un abecedario rodeando la mesa en donde está el vaso. Los participantes ponen el dedo en el vaso y ¡éste se mueve! Claro está que los dedos realizan un pequeño empuje y el sistema de fuerzas da una resultante que mueve el vaso en una dirección (cuanto mayor es el número de los participantes menos perceptible es la fuerza del dedo). Como la primera letra de una palabra puede ser cualquiera el vaso se moverá más

tiempo hasta que por cansancio y de un modo inconsciente el vaso se detenga en una letra, digamos la «a». Con esta palabra podemos decir «alma», «agua», «alero», etc. Muchas posibilidades. De ahí que después de cierto tiempo y, por la misma razón que en la primera letra, el vaso se detiene, digamos en la «z». Pero ahora las posibilidades de palabras se han restringido bastante: tenemos «azar», «azahar», «azúcar», «azogue», «azud». El vaso solamente buscará detenerse en las vocales «a», «u» y «o». Si se detiene en «a» las posibilidades se reducen aún más. Todos los participantes tienen en la mente la palabra «azar» y el vaso se detiene en la «r» completando el nombre. ¡Los espíritus han hablado!

Z.- En cualquier caso, es un juego divertido para pasar la tarde.

P.- Otra aplicación se usa en ciertos anuncios que pretenden llamar la atención. Fíjate si en un cartel lees: «V\_nga con su n\_mina y le dar\_emos más que otros banc\_s». Las letras que faltan nos dan muy poca información porque son previsibles. Es lo mismo que decir «profe», «cole» o «finde» ya que sabemos la continuación.

## 8

P.- Habíamos dicho que las sílabas son las primeras piezas del habla “real” (los fonemas, salvo las vocales, no existen, son abstracciones). Podemos decir que son solamente sonidos. Cuestión de física. La lingüística comienza verdaderamente con los «morfemas».

Z.- ¿Y qué son estos?

P.- Si yo digo «casa» y «libro» las sílabas «ca», «sa», «li», «bro», no me dicen absolutamente nada; pero «a» de casa me señala el

género femenino y la «o» de libro me dice que el nombre es masculino. Estas unidades mínimas dotadas de sentido son los morfemas.

Z.- Pero «casa» y «libro» no tienen sexo. Otra cosa sería hablar de «vaca» y «toro» o de «maestro» y «maestra». En cualquier caso podría haber un neutro para todos los objetos asexuados. ¿No puede imaginarse que esa dualidad sexual en la naturaleza corresponda a algo así como el yin y el yang?

P.- La distinción de los géneros se remonta a nuestra tatarabuela Lucy, y no tiene un fundamento racional. Tan arbitraria es que «sol» es femenino en alemán y «luna» es masculino en esa misma lengua. En español tenemos «la mano», «la nao», «la canguro», «el poeta», «el águila», «el agua» (en estos dos últimos por razones fonéticas, como en «el arma», evitando dos veces la a). Lenguas como el inglés – para bien de ellas- no hacen diferencias de género en las cosas como en nuestros romances.

Z.- ¿Y qué opinión tienes sobre la expresión «políticamente correcta» de «compañeros y compañeras»?

P.- Bueno, en primer lugar que no es una «modernidad». Ya en algún texto medieval se hace una referencia a «hombres y mujeres, dueños y dueñas». Podría censurarse incluso que los hombres van por delante igual que las primeras figuras en el orden del cartel. ¿Por qué no decir «mujeres y hombres? Y aún más: en la ley en donde los reyes católicos expulsan a los judíos (¡1492!) se repite por dos veces «judíos y judías» y también se menciona «hijos e hijas», «criados y criadas». Nada nuevo bajo el sol.

Z.- ¿Y te suena bien?

P.- Desde un punto de vista únicamente literario es un lastre, una molesta repetición. El feminismo militante empuja hasta barrer un sexismo del lenguaje acumulado en varios siglos. Sin embargo, no hay ningún agravio en hablar de «la juez» en lugar de la «jueza» pues el artículo ya revela el género. Yo espero no encontrarme algún día con «el portavoz» y la «portavoza». Ahora bien, la mujer ya ha entrado en ámbitos reservados al varón y no nos sorprende escuchar «concejala», «médica», «presidenta», «abogada», etc. Por otro lado, también se dice «comadrón», «niñero" y «azafato». Los tiempos cambian.

Z.- Tal vez la arroba @ contribuye a eliminar esas barreras,

P.- La arroba tiene la limitación de su carácter escrito. «Se buscan compañer@s de piso» puede leerse pero no decirse. En mi opinión, si no queremos herir la susceptibilidad femenina, sería mejor eliminar esa chirriante conjunción copulativa «y» sustituyéndola por una breve pausa: «amigos, amigas». ¿Sutileza? Tal vez.

Z.- Y, además de los morfemas de género, que ya vimos que no siempre tienen relación con la sexualidad, ¿hay otros morfemas más?

P.- Por supuesto, aunque de ello hablaremos en la próxima entrega. Descansemos, hablar del habla cansa.

P.- Si digo «casa» hablo de una sola casa; pero si digo «casas» me refiero a varias. La ausencia o presencia de la s distingue el singular y el plural. Aquí tenemos la oposición «uno/más de uno». Ahora bien, ¿es acaso este contraste el único posible?

Z.- ¿Hay otras posibles?

P.- Ciertamente observamos cosas únicas, aisladas, individuales. Sin embargo, también vemos, para decirlo de alguna manera, «paquetes» binarios. Tenemos «dos ojos», «dos manos», «dos pies», «dos padres» (en español se dice «las tijeras» o «la tijera»). El griego clásico tenía para estos casos un número «dual».

Z.- En definitiva, volvemos a lo mismo: como sucedía con el género gramatical, también la categoría de número es relativa. En teoría, una lengua podría oponer cosas pares a cosas impares.

P.- Así es. Como hemos repetido varias veces, cada lengua juega con sus reglas propias.

Z.- ¿Y solamente la s nos revela el plural?

P.- Veamos las formas verbales (yo) «comí» y (tú) «comiste». Sabemos que una es singular y la otra plural. Ahora bien, como los pronombres no son necesarios, ¿son las desinencias «í» , «iste» las que proporcionan la idea de pluralidad? Podemos pensar que, si bien los pronombres personales no son obligatorios, están sobrentendidos. Por último, se puede imaginar una tercera posibilidad: que pronombres y desinencias forman una pareja en concordancia indisoluble. Nadie diría «Nosotros comes» o «tú saltaron».

Z.- Aunque plurales como «nosotros», «vosotros» y «ellos» terminen en s ésta no es un signo de plural porque también la tenemos en «comes», «duermes» o «cantas» que son singulares.

P.- Tienes mucha razón.... en parte. La s del plural es válida para los nombres, pero con los pronombres no pasa siempre lo mismo. En el plural «nosotros"/"vosotros" (con sus femeninos) tiene una formación analógica y lo mismo pasa con «el, ella, ellos, ellas» (aquí la s vuelve a revelarnos el plural). «Nosotros» sería un pronombre «inclusivo», «vosotros» «exclusivo», «el o ellos» distantes. Pero el más interesante es la oposición «yo/tú».

Z.- ¿Y qué tiene de especial?

P.- En primer lugar, no posee morfemas especiales para distinguir el masculino del femenino. ¿Haría falta cuando los hablantes se encuentran «en presencia»? ¿No te veo la barba y tú los senos? ¡Para qué distingos! Pero, además, y esto es lo fundamental, el plural puede admitir personas de distinto sexo. Claro está que una lengua podría pensar en formas como «you» para un hombre y «yóa» para una mujer. Es algo cómico cuando los niños no son aún capaces de cambiar de perspectiva cuando aprenden a decir «tú» y «yo».

Z.- Has mencionado que «nosotros» y «vosotros» como «el» o «ella» se crean de una manera analógica. ¿Se debe ello para favorecer la memoria?

P.- Sí, pero la economía va todavía más lejos. Vamos a suponer que el presente del verbo «comer» es el siguiente: «erasu», «oña», anduco», «bau», «tonja»; y el presente de «beber» fuese «tugo», «dun», «opa», «ria», «lote», «mu». ¿Qué pensarías?

Z.- Pues que sería muy difícil de recordar.



P.- En el lenguaje, como en cualquier otro sistema, se persigue el principio de economía, la racionalidad, la máxima eficacia con el menor número de recursos. Si la memoria está sobrecargada hemos de liberar espacio en «el disco duro».

Z.- Déjame decirlo: Hemos reducido la forma de los pronombres personales a cuatro tipos, siempre los mismos; esto es, «yo», «tú», «él» (se desprende «ella», «ellos», «ellas»), «nosotros» (asociado en la mente a «vosotros»).

P.- Pues bien, esos cuatro tipos de pronombres dados se aplican a tres conjugaciones «ar», «er», «ir» cuyas desinencias son paradigmáticas. Quien sabe decir «saltábamos» puede decir «jugábamos». Cuando los niños dicen que el perro está «morido» aplican una analogía, no han oído la forma irregular «muerto».

Z.- Y ahora me dirás que entre «saltamos» y «salta(ba)mos» se introduce un morfema que nos hace pasar de la expresión del presente al pasado.

P.- Cierto. El poeta Quevedo decía que era un «un soy, un fui y un es...». O dicho de otra forma: existe un pasado, un presente y un futuro. Sin embargo, la cuestión es más compleja: el tiempo se puede dividir en bastantes más pedazos que los tres antes susodichos. Consideremos el «pluscuamperfecto».

Z.- ¡Qué palabreja más fea!

P. En latín «per» es un «intensivo», «fecto» es «hecho» (de *facere*, hacer). En suma «plus...quam...perfecto» significa «más que perfecto», «acabado del todo», «completísimo». Mira la frase: «Había comido cuando llegaste». Aquí ves que «comer» es una acción anterior, «más pasada» que «llegar». «He comido» es un acto más cercano que «comí». Y hasta en el presente, que nos parece un punto instantáneo, el lenguaje puede introducir sutiles matices. ¿Qué diferencia hay entre «sale» y «saliendo»?

En el gerundio advertimos una idea que perdura en el presente, un presente «alargado». Posiblemente es más fácil detener a un hombre que «está saliendo» a otro que «sale» y que tiene ya un pie en el «ha salido».

Z.- Esto me parece cortar un cabello en cuatro partes.

P.- No se trata de aprender «de memoria» las conjugaciones sino de reflexionar sobre el sentido de los tiempos. Un hablante de su lengua nativa no tiene mayor dificultad en rellenar la falsilla de los tiempos. Basta comenzar «yo como...» para seguir de carrerilla con las demás formas del presente o, en su caso, de otros tiempos. Pero ten presente que la noción del tiempo, y la consiguiente división, no es la misma en todos los pueblos. ¡Ni siquiera entre los hablantes de una misma lengua! ¿No has oído decir nunca a un hispanoamericano eso de “¿qué pasó?” aunque el hecho haya pasado hace un instante en lugar de un tiempo indefinido?

Z.- Bien, dejémoslo aquí por hoy.

## 11

P.- En una lección anterior hemos dicho que la vocal «a», dada su abertura, permite expresar adecuadamente la idea de aumento; y, del mismo modo, la «i», por su estrechez, nos sugiere la noción de algo «diminutivo» (cuenta las íes de esta voz).

Z.- Me acuerdo.

P.- Veamos que pasa con sufijos despectivos como «cas-ucha», feú-cha», «ch-ucho», o ciertas connotaciones negativas como

«pach-ucho» y arrech-ucho». Hasta en el vocablo «grandullón» la presencia de la «u» parece añadir a la grandeza cierto aire de desprecio.

Z.- ¿Y qué tiene esa «u»?

P.- El verbo «huchear» expresar el grito de caza para «azuzar» a los perros (chuchos). Se trata de una voz de origen onomatopéyico (también se afirma eso de la palabra prerromana «perro», prrr). Y bien: de ese verbo «huchear» procede «abuchear». Tal vez ese «abuceo» (uuuh) lleve consigo la mala nota. Pero no está nada claro.

Z.- ¿Seguimos con los morfemas?

P.- Sigamos. Cuando llamas a la provincia de Zaragoza ¿qué números debes marcar primero?

Z.- Nueve, siete, seis.

P.- Cada provincia tiene un «pre-fijo». Ese prefijo, como dice su nombre, está delante del número fijo, y agrupa a los teléfonos de la misma provincia.

Z.- ¿Y...?

P.- Pues los prefijos son morfemas que se ponen delante de una palabra para darle un sentido concreto. «El prefijo «pre» significa delante, como en «previsión».

Z.- Ya conozco otros como «des-tornillador», «a-normal», «supermercado», «anti-capitalista», etc.

P.- Sí, pero hay otros más encubiertos, menos visibles. Veamos algunos: «per» es un «intensivo» y en latín «aeger» es «campo»

(agro, agrario») Pues bien, «peregrinación» es «per+aeger», cruzar los campos sin detenerse. Otro caso, «antojo», de «ante-ojo»; o «di-visión», «di-vidir», de «ver dos», luego «partir». Un caso curioso es «subir». Muchos se sorprenden cuando se dice «subir arriba». ¿Es que se puede subir abajo? Aquí tenemos el sufijo «sub» (bajo) y el verbo «ir». El sentido real es «sub-ir» desde una trampilla (salir desde abajo).

Z.- Y si los prefijos se ponen delante deduzco que otros morfemas se ponen detrás.

P.- Así es. Volviendo al ejemplo de las provincias podemos decir que todas las matrículas que terminan en Z son de Zaragoza. Una forma más de agrupar para retener en la memoria. Pues bien, estos morfemas finales son los sufijos (ya hemos señalado los aumentativos y los diminutivos). Un caso habitual sirve para designar movimientos culturales o políticos (real-ismo, capital-ismo, etc.). El sufijo «ero» tiene generalmente el valor de oficio, como en «zapatero», «panadero», «relojero» y, aunque algunos piensen que «soltero» es también un digno empleo, la verdad es que dicho nombre viene del menos halagador «solitario».

Z.- Habíamos dicho que en «vaca» y «oveja» la vocal «a» nos descubre el género femenino. Pero ¿acaso no es más importante «vaqu-» y «ovej-» que nos revelan la clase de animal? La vocal es que como si se añade azúcar al café, lo endulza pero el café sigue siendo café.

P.- Tienes mucha razón. Los morfemas que hemos visto hasta ahora nos parecen como si fuesen apéndices de otros «morfemas principales» (no todos estarían de acuerdo con llamarlos así). Estos morfemas básicos se llaman «raíces» (en latín «radicales»). De ellos se pueden colgar palabras derivadas como un racimo colgando las uvas. Pensemos en la raíz «fw-» que vimos en el comienzo. De ese radical proceden vocablos como

«fuego», «fogata», «hoguera», «hogar», «fogoso», «des-fogar», «fuga», «fugitivo», «huir», «sofoco» (de sub+foco, arder por bajo).

Z.- Hemos hablado de «nombres», de «pronombres», de «verbos», pero ambos hemos dado por supuesto que ya nos queda totalmente claro lo que son. ¿Es así?

P.- Trataremos de ello en el próximo día. Pero te advierto: me parece que estamos entrando en una zona de «turbulencias». Espero que no te aburras y desees continuar con estas clases.

## 12

P.- Si paseas por la calle y te grito: «Zoeee». ¿Tú qué haces?

Z.- Pues darme la vuelta hacia donde me han llamado.

P.- Y si a la perra de la tía la llamas «Jesy» ¿qué hace ella?

Z.- Pues viene corriendo.

P.- En estos dos casos los nombres «llaman», nos dicen cómo te llamas tú y cómo se llama la perra. Y si te señalo el «pan» dirás que se llama «pan» y al «vino» le dirás «vino». En el Génesis Dios le presenta a Adán todos los animales y las cosas para que les de su nombre «propio» .

Z.- Supongo que el mito de ese lenguaje «universal» se pierde en el mito bíblico de la Torre de Babel.

P.- Fíjate que yo he puesto énfasis en nombre «propio» (en la escritura el énfasis solamente puede reflejarse visualmente con las comillas). Pues bien, para la mentalidad primitiva el

nombre venía a ser la cosa misma, tenía un poder mágico. De esta superstición arranca la creencia en los conjuros o la curación por la palabra.

Z.- ¿Y eso tiene algo que ver con llamar al nombre «sustantivo»?

P.- La palabra «sustantivo», en realidad «sub-stantivo», es lo que está por debajo de las apariencias, la «esencia» de algo. Una sopa con más agua que caldo no tiene «substancia» y un perfume con mucho alcohol no tiene «esencia».

Z.- ¿Y los verbos?

P.- El hombre siempre está haciendo cosas incluso cuando parece no hacer nada. Podemos dormir, pero «soñamos» y ese «dormir» - tal vez dando vueltas en la cama - es ya hacer algo. Y en vigilia cantamos, comemos, trabajamos, reímos, hacemos proyectos... No, al hombre no le falta actividad. Pues bien, la expresión de todas esas cosas hechas por el hombre son los verbos.

Z.- Ya me has dicho que siendo los morfemas verbales (o «desinencias» si quieres) un número limitado y formando paradigmas o modelos, se consigue que los verbos estén, digámoslo así, «encauzados», «controlados». Sin embargo, aunque las desinencias sean pocas, los radicales son muy numerosos.

P.- Por supuesto, tantos como cosas hace el hombre. En el pasado no «telefoneábamos» ni «guasapeábamos». Ahora bien, hoy nosotros no nos «refocilamos» como en tiempos de Cervantes. Vaya uno por lo otro.

Z.- Los pronombres personales acompañan a los verbos, pero ¿qué sentido tienen?

P.- Si yo dijese: «Juan, María, Luísa, Pedro, Rodrigo, Eduardo, Fulano, Mengano y Perengano, van de excursión mañana. Pues bien, ¿no sería mejor «empaquetar» todos esos nombres en una sola forma «ellos»?». Los pronombres son los sustitutos del nombre, los que están en el banquillo esperando a salir al campo (por cierto, «fulano» es palabra árabe que significa «uno cualquiera»)

Z.- Veo que también aquí el lenguaje tiene otra vez más una virtud «ahorradora».

P.- Sí, no es bueno derrochar por sistema. Pero veamos ahora los dos primeros pronombres recordando una escena de cine de todos los tiempos: «Yo, Tarzán; tu Chita». Y la mona, que en eso de hablar no está puesta, imita los gestos del hombre de la selva: el pulgar en el esternón (yo) y el índice, como una pistola, apuntando al «tú».

Z.- ¿Y el pronombre «él»?

P.- Evidentemente «él» hace mención del «ausente» (como llamaban al fundador de Falange) o también es el pronombre de la lejanía, como Cristóbal Colón señalando con su índice hacia las Indias occidentales («él» sería primo hermano de «allí»). Y, del mismo modo que Colón tiene su estatua, César se contemplaba como un personaje hablándose a sí mismo en tercera persona: «César dijo..», «César hizo...». Claro es que la historia le da la razón y muchos otros «personajillos» actuales, con mucho menos motivos, se creen los conquistadores de las Galias imitando al ilustre romano.

Z.- ¿Puedes decir algo más de los pronombres?

P.- Bien, tres cosas se me han quedado en el tintero. Una es el «plural mayestático» empleado por los monarcas en vez del singular: «Nos, el Rey....». Vamos, es una forma de sacar pecho

fuera, algo así como la identificación del soberano con todo el pueblo entero; otra, es el plural de «modestia»: el autor de una tesis doctoral dice cosas como «hemos dicho» cuando todos sabemos que es «él» quien lo ha dicho; la última podría llamarse plural «de cobardía»: cuando una persona sola «mete la gamba» puede pretender diluir su responsabilidad en un «nosotros», un colectivo que aligera su culpa. Este plural es muy usado en la política.

### 13

P.- Fíjate en las palabras «adhesivo» y «adyacente». En ambas voces el prefijo «ad» tiene el sentido de «pegado», «junto a». Pues bien, los «ad-verbios» están «pegados» o juntos al verbo y el «adjetivo» se lanza al sustantivo (lat. iacere, arrojar). El adverbio y el adjetivos vienen a ser como señoritas de compañía de su verbo o de su nombre.

Z.- ¿Y cuál es la función de ellos?

P.- Un maestro carpintero construye un mueble pero deja a los subalternos que perfilen los detalles. El nombre y el verbo no pueden agotar todo cuanto se puede decir. Hace falta matices, añadidos, etc. Una mesa será siempre un tablero horizontal sostenido por unas patas verticales que lo mantienen estable. Ahora bien, el tablero puede ser verde, naranja o amarillo; su forma podría ser cuadrada, rectangular o circular y el número de patas ser variable mientras el centro de gravedad caiga dentro de la base de sustentación. Pero, a pesar de todos esos «accidentes» (cualidades no necesarias) la mesa sigue siendo «en sustancia» una mesa.

Z.- Me imagino que lo mismo ocurre con los adverbios.



P.- La idea de «comer» es clara, evidente; pero puede complementarse todavía pues en el verbo «comer» no es posible incluir todo aquello que sería posible decir relativo a la comida. Así, por ejemplo, decimos que comemos «bien», «mal», «despacio», «deprisa», «mucho», «poco», etc.

Z- Y el orden de los factores ¿altera el producto? ¿Es lo mismo un pobre hombre que un hombre pobre?

P.- Me viene a la memoria aquella canción de «yellow submarin», el «amarillo submarino», demasiado chirriante por tener el adjetivo delante. En español los adjetivos van detrás, como el criado que sigue a su señor. Pero como ya hemos dicho decenas de veces cada idioma tiene su norma.

Z.- Yo me acuerdo de unos malos imitadores de los ingleses que decían «tengo un tractor amarillo».

P.- Bien, blanco o amarillo, quiero recuperar ahora una idea que has mencionado anteriormente. Habías dicho que la lengua «universal» creada por Adán en el paraíso se había fraccionado en múltiples lenguas en la construcción de la torre de Babel. Cada uno hablaba una lengua distinta, no comprendía la jergonza del vecino. Todos se tenían entre sí como pueblos «bárbaros» («bar-bar..»), «balbuceantes», «bobos».

Z.- ¿Y dónde quieres ir a parar?

P- Esa imagen de la torre de Babel se puede parangonar a las grandes obras internacionales como la construcción de los canales de Suez o de Panamá. En estas magníficas obras faraónicas participan una muchedumbre de obreros irlandeses, alemanes, hindúes, chinos, etc. ¿Cómo entenderse? La experiencia nos dice que los hombres de distinta lengua comienzan a comunicarse con los dedos. «Toma esto», «ves allí»,

son unas ordenes que se pueden dar con gestos. Nadie dirá nunca que los «carteles hablan», pero si «decimos»: ¿qué dice ese cartel? El verbo «decir» (dicere) tiene el mismo radical que «digito» (dedo»). Los «índices» de la mano «indican».

Z.- Pues aún no veo claro lo que pretendes decirme.

P.- Yo puedo decir con el índice «dame ese libro», o «dame aquel libro". O bien: «Me gusta este libro». Suprimido el gesto nos queda el «demostrativo» Aquí tenemos una nueva categoría de palabras que aportan la idea de cercanía o lejanía de los objetos. Como parece que el número tres tiene siempre alguna cosa de mágico en nuestra mente, interponemos entre la lejanía y la cercanía un grado medio: ese, entre éste y aquel.

Z.- Como en una mesa de banquete: «este, aquí; ese, ahí; aquel, allí».

P.- Has captado una idea importante. Una lengua es un sistema de signos y un sistema es tanto más estable en la medida en que no haya elementos aislados, casillas vacías que permitan desplazarse a otros elementos cercanos. Si se pretende un todo compacto, coherente, deben crearse correlaciones igual que las señaladas por ti entre los adverbios de lugar y los demostrativos.

Z.- Bueno, ¿podemos pasar página? Mañana será otro día

P.- Creo que de momento podemos dejarlo aquí; pero te prometo que no echo el cierre. Como en las series de televisión podemos poner en este momento un cartel que diga: «Continuará».

